



Capítulo 250 - Bienvenido al lado de Los Victoriosos.

La mujer con la katana dudó por un momento, sus ojos analizando cuidadosamente a Vergil.

"¿Contraído...?" Entrecerró los ojos, aún sosteniendo su espada lista para otro ataque.

Vergil simplemente sonrió. "Claro. Disfruto de los desafíos, y tú conseguiste entretenerme. No todos los días encuentro a alguien que no se derrumbe tras el primer intercambio de golpes."

Los demás nobles, aún recuperándose de la loca batalla, se miraron unos a otros, confundidos y exhaustos.

El gigante del hacha, aún intentando liberarse de los escombros, resopló. "¿Nos estás tomando el pelo...?"

Vergil hizo girar su espada una última vez antes de envainarla. "Siempre."

La maga de piel azul se levantó, masajeándose las costillas con una mueca. "¿Así que eso fue todo? ¿Solo querías divertirte?"

Se encogió de hombros. «Es un desperdicio matar a buenos guerreros sin una razón justificada».

La mujer de la katana finalmente guardó su espada, dejando escapar un profundo suspiro. "Eres una maldita lunática..."





"Me han llamado peores cosas." Vergil rió entre dientes. "Entonces, ¿te quedarás ahí parado o nos tomamos una copa para celebrar? Invito yo."

El silencio que siguió fue tan absurdo que incluso Vergil casi volvió a reír.

El gigante se apoyó en una roca y suspiró resignado. "Tomaré un trago..."

La maga puso los ojos en blanco, pero una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. "Si de verdad está pagando..."

La mujer con la lanza seguía con aire sospechoso, pero finalmente se cruzó de brazos. "Con tal de poder golpearlo si me molesta."

Vergil aplaudió una vez. "¡Genial! Me caen bien, chicos".

La mujer con la katana simplemente cerró los ojos y negó con la cabeza. "Esto va a ser un problema..."

El grupo caminaba por el campo de batalla, con el polvo aún flotando en el aire y las brasas desvaneciéndose en el suelo agrietado. Vergil, sin embargo, caminaba como si nada hubiera pasado, con las manos en los bolsillos y una sonrisa de suficiencia en el rostro.

"Entonces, dado que aparentemente ya no estamos tratando de matarnos entre nosotros, creo que es justo saber sus nombres", dijo casualmente, lanzando una mirada divertida a los guerreros que lo rodeaban.

Los cinco nobles, todavía cautelosos, intercambiaron miradas.





La primera en responder fue la mujer de cabello blanco, la que manejaba la lanza con precisión letal.

"Valerie Vael'Thar", dijo, con la voz llena de orgullo y autoridad.

Valerie era una figura imponente: alta, con curvas capaces de desencadenar guerras entre reinos y un rostro esculpido como una obra maestra demoníaca. Sus ojos eran de un dorado profundo e hipnótico, y su larga cabellera blanca contrastaba con su piel gris ceniza. Vestía una ajustada armadura de metal negro y plateado que acentuaba peligrosamente su figura. La lanza negra que empuñaba brillaba tenuemente con energía demoníaca.

Vergil silbó. «Bonito nombre. Bonito cuerpo también, pero eso es solo un detalle».

Valerie simplemente levantó una ceja, manteniendo una expresión neutral, pero Vergil notó que la comisura de su boca amenazaba con curvarse en una sonrisa.



La siguiente en hablar fue la maga de piel azul, todavía masajeando el lugar donde Vergil la había golpeado.

—Gwen Zal'Averis —dijo con la voz cargada de sarcasmo—. Y antes de que preguntes... sí, sigo pensando en convertirte en cenizas.

Gwen era una belleza exótica e irresistible. Su piel azul resplandecía bajo la tenue luz, y sus profundos ojos violetas brillaban como gemas. Su larga cabellera plateada le caía en cascada hasta la cintura, y su atuendo era provocativo: una túnica negra ajustada, abierta lo justo para revelar una cantidad de piel peligrosamente generosa. Tatuajes arcanos cubrían su abdomen y muslos, latiendo débilmente con magia.



Vergil rió entre dientes. "Ah, me gustan las mujeres que pueden matarme y aun así verse bien haciéndolo".

Gwen puso los ojos en blanco pero no pudo ocultar la pequeña sonrisa en sus labios.

La tercera mujer, la silenciosa guerrera que empuñaba la katana, finalmente rompió su silencio.

"Kaori Yashura", dijo, con tono bajo y controlado.

Kaori era pura elegancia y letalidad. Su piel ligeramente bronceada, sus penetrantes ojos rojo carmesí y su cabello negro azabache, recogido en un moño alto con mechones sueltos que enmarcaban su rostro perfecto, le otorgaban una presencia casi etérea. Su cuerpo, esbelto pero increíblemente definido, irradiaba gracia y fuerza. Vestía un kimono negro con detalles dorados, que se ajustaba provocativamente a su figura, y la vaina de su katana descansaba en su cintura con una inmovilidad intimidante.



Vergil ladeó la cabeza. «Así que eres tú... Lo que sentí en tu espada, ese refinamiento, no es solo instinto. Fuiste creado para matar».

Kaori simplemente lo miró fijamente, pero había algo en su mirada: reconocimiento.

El gigante que blandía el hacha hizo crujir su cuello y resopló.

—Kraggor Drenvar —dijo sin rodeos—. Y antes de que digas nada, bebo lo suficiente para lidiar con toda esta porquería.



Kraggor era una montaña de músculos, con la piel roja como brasas y los cuernos curvados hacia atrás. Sus ojos eran de un amarillo intenso, y su mandíbula cuadrada mostraba cicatrices de antiguas batallas. Vestía una pesada armadura de placas negras y rojas, cada pieza parecía forjada en el mismísimo Infierno. Su enorme hacha tenía los bordes dentados, aún rezumando restos de energía demoníaca.

Vergil se encogió de hombros. "Al menos eres honesto."

Finalmente, el delgado demonio de garras negras, el que había intentado golpearlo repetidamente, suspiró.

"Aethor Vex", dijo con voz fría y calculadora.

Aethor contrastaba marcadamente con los demás. Su piel era gris oscura, casi como una sombra sólida. Sus ojos eran completamente negros, sin pupilas visibles, y su cabello corto y despeinado parecía fundirse con el aire que lo rodeaba. Su cuerpo era delgado, pero esculpido como el de un depredador, con cada movimiento calculado, como un asesino preparándose para atacar. Vestía una armadura ligera de cuero negro, diseñada para el sigilo, y sus garras aún brillaban con rastros de energía gélida.



Vergil sonrió. «Aethor, ¿eh? Tienes esa mirada, como si hubieras matado a mucha gente sin que se dieran cuenta».

Aethor esbozó una leve sonrisa. "Quizás."

Vergil se cruzó de brazos y miró al grupo, satisfecho.



"Valerie, Gwen, Kaori, Kraggor y Aethor... Nada mal." Los miró directamente, con una sonrisa aún mayor. "Ahora díganme, ¿de verdad creen que son los más fuertes de este territorio?"

Valerie entrecerró los ojos. "¿Adónde quieres llegar?"

Vergil dio un paso al frente, con una energía que volvía a brillar, más fuerte que antes. «No solo busco guerreros fuertes. Busco a los demonios que se esconden entre los mejores, aquellos con el potencial de convertirse en algo mucho más allá de lo que son ahora».

Gwen se cruzó de brazos. "¿Y por qué debería importarnos?"

Vergil se encogió de hombros. «Porque estoy formando mi propia división. Una fuerza que se conocerá como los Cazadores. Un escuadrón donde solo los verdaderamente excepcionales tienen cabida».



El grupo se quedó en silencio.

Kaori entrecerró los ojos. "¿Y qué ganas con esto?"

Vergil sonrió. «Diversión, poder... y quizás, solo quizás, la oportunidad de luchar contra algo que finalmente me haga sentir un verdadero desafío».

Kraggor resopló. "¡Ja! ¿Así que solo quieres formar un equipo con los mejores para divertirte?"

"Más o menos", respondió.

Gwen suspiró. "Eres insoportable."



Valerie, por otro lado, sonrió por primera vez. "Pero me gusta eso".

Vergil miró a los cinco demonios y su sonrisa se volvió depredadora.

—Muy bien. —Aplaudió, y el sonido resonó como un trueno en el devastado campo de batalla.

"Ahora que he encontrado a los que buscaba..." Su mirada se desvió entonces hacia las filas restantes de demonios. Miles seguían en pie. Algunos vacilantes, otros cubiertos de sangre, jadeando pero vivos. Muchos ni siquiera se habían atrevido a atacarlo, prefiriendo observar cómo masacraban a sus camaradas.

Vergil suspiró decepcionado.

"Ahora que he elegido a mis generales..." Su expresión se ensombreció y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció. Cuando reapareció, flotaba sobre el ejército de supervivientes, observándolos como un dios despiadado. "Como estoy reuniendo las fuerzas de mi territorio como Rey Demonio, solo necesito a los más capaces."

Extendió los brazos, con una sonrisa que le atravesaba el rostro como una cuchilla. «Desafortunadamente, tengo excelentes noticias para algunos... y no tan excelentes para otros».

Los demonios intercambiaron miradas, y el aire se llenó de tensión. Algunos retrocedieron instintivamente.

—Prometí ser misericordioso, ¿verdad? —El tono de Vergil era casi burlón. Inclínó la cabeza y miró directamente a los ensangrentados, a los que se





habían atrevido a enfrentarlo—. Aquellos que tuvieron el valor de atacarme... felicidades. Están contratados.

Una fría ola de alivio invadió a los guerreros, algunos cayeron de rodillas, exhaustos pero agradecidos de seguir respirando.

Vergil se giró lentamente para encarar a quienes habían permanecido ilesos, a quienes se habían quedado al margen de la batalla, esperando, observando. Su mirada se volvió vacía, carente de cualquier chispa de compasión.

"En cuanto a los cobardes..." Levantó una mano y, de inmediato, un poder invisible se apoderó del campo.

Los cuerpos de los que se habían retirado, de los que habían permanecido inmóviles, comenzaron a levantarse del suelo como marionetas sin hilos. Los gritos estallaron en el aire al darse cuenta de que algo los jalaba hacia arriba, y no pudieron resistirse.



Vergil rió suavemente.

"No veo la necesidad de que se queden aquí. Les revocaré la vida." Estalló el caos.

Los demonios resucitados comenzaron a retorcerse violentamente, con los ojos abiertos de par en par, presas de un terror absoluto. De repente, sus cuerpos comenzaron a hincharse. Venas negras latían por su piel, sus ojos se abrieron de par en par y, en un instante, uno de ellos implosionó, derramando sangre y entrañas por doquier.

"¡AAAAAAAAAAAAAH!" Otros intentaron gritar, pero sus gargantas se destrozaron antes de que el sonido pudiera escapar. Los huesos fueron



aplastados de adentro hacia afuera, y espinas de sangre emergieron de sus poros, transformando sus cuerpos en conchas vacías.

El cielo se tiñó de rojo mientras miles de demonios estallaban uno a uno, sus órganos vaporizándose en el aire, sus cráneos aplastándose como fruta podrida. Una lluvia negra cayó sobre los supervivientes; el hedor a carne quemada y sangre en descomposición densificó el aire.

El campo de batalla se convirtió en un matadero en el cielo, un espectáculo grotesco de destrucción absoluta.

Vergil simplemente sonrió, inhalando profundamente el olor metálico de la masacre.

"Adiós." Y con esa sola palabra, el último de los cobardes fue destrozado, sus entrañas absorbidas por el vacío como polvo en el viento.

Los que quedaron, los que habían luchado, simplemente observaron, aterrorizados, cómo el Rey Demonio limpiaba el reino de debilidad en un acto de pura carnicería.

Virgilio descendió lentamente, aterrizando en el suelo, ahora empapado de sangre. Sus ojos brillaban de satisfacción al mirar a los guerreros supervivientes.

"Bienvenido al lado de los victoriosos."

